

Formación de Animadores Misioneros

CARPETA 7

Animación y cooperación misioneras



Tema 4

LA COOPERACIÓN MISIONERA



OBRAS MISIONALES PONTIFICIAS

PRESENTACIÓN

Uno de los fines de la animación misionera es suscitar la cooperación misionera. “Lo misional”, decía Mons. Sagarmínaga, “ha de desembocar en lo misionero”. No es suficiente que el cristiano y la Iglesia particular sientan la inquietud por hacer llegar el Evangelio hasta los confines de la tierra; no es suficiente que tengan conciencia de que la evangelización universal es una responsabilidad que les afecta; no es suficiente que se preocupen por tener un conocimiento cabal de la vida de la Iglesia en la geografía de la evangelización; no es suficiente que anhelan el aumento de los que, dejándolo todo, anuncien a Jesucristo entre quienes no le conocen. Es necesario, y además urgente, que haya un compromiso ardiente de apoyo y colaboración efectivos y generosos a la acción de la Iglesia para hacer oír el mensaje de Jesús entre todos los pueblos y razas.

No se entendería el meollo de la cooperación misionera si no se aludiera, como punto de partida, a uno de los frutos del Vaticano II. Lo recoge y lo recalca al comienzo de su encíclica misionera Juan Pablo II: el afianzamiento de una conciencia nueva acerca de que “*la misión atañe a todos los cristianos, a todas las diócesis y parroquias, a las instituciones y asociaciones eclesiales*” (RM 2). Más adelante confirmará su pensamiento en dos afirmaciones explícitas: “*la misión es de todo el Pueblo de Dios*” (RM 71) y “*todos los cristianos son corresponsables de la actividad misionera*” (RM 77).

La penetración, conducida por el Espíritu, en el ser y el quehacer de la Iglesia ha dado como fruto el que las “misiones” no se conceptúen ya como una exclusiva de los misioneros –como si fueran únicamente suyas y al resto de los cristianos sólo les afectaran en la medida en que se sintieran cordialmente vinculados a ellos–, sino que se asuman y se vivan como algo propio –porque lo son–, perteneciente a la propia entraña del ser cristiano, y también el que a los misioneros se les vea como los llamados por Dios en el seno de su Pueblo para asumir como propia misión el deber de la evangelización que penetra a toda la Iglesia (cf. RM 65).

No se puede dejar solos a los misioneros. Todo cristiano está obligado a acompañarles, motivarles, alentarles, ilusionarles; y no movidos por un sentimentalismo trasnochado, sino por obligación: ellos son la presencia real de cada Iglesia, de toda la Iglesia, en la avanzada del Evangelio por pueblos, razas y culturas; ellos son la expresión más vívida de nuestro ser misionero; a través de ellos se hace visible la respuesta responsable y eficaz de toda la Iglesia, de todo cristiano, al envío de Cristo a evangelizar la totalidad de la creación.

Desde la realidad

Los misioneros son admirados y valorados por la sociedad. Su entrega y generosidad con los más desfavorecidos no pasa inadvertida. Creyentes y no creyentes se suman a este reconocimiento. Sin embargo, es necesario introducirnos en las motivaciones de su entrega y reconocer que todos –especialmente los bautizados– también han de asumir corresponsablemente este compromiso con los más necesitados. Desde esta interpelación, y antes de proceder al estudio del tema, nos preguntamos:

1. ¿Qué diferencia hay entre la cooperación misionera y la colaboración con una ONG?
2. ¿Por qué motivos cooperamos con los que trabajan en la frontera de la misión?
3. La cooperación misionera, ¿es una exigencia y un deber de nuestra pertenencia a la Iglesia, o más bien fruto de un voluntarismo humanitario?

DESARROLLO EXPOSITIVO

I. La cooperación misionera es deber de todos los cristianos

“Como el Padre me envió, también yo os envío” (Jn 20,21). Este enunciado de Jesús es vinculante y expresa del mejor modo posible la unidad y la continuidad de la misión. La *missio Ecclesiae*, de hecho, proviene de la *missio Dei*.

Toda la Iglesia está llamada a empeñarse en el desarrollo de la misión con una “colaboración activa”. Todo cristiano entra, en virtud del bautismo y de la confirmación, en una corriente de actividad sobrenatural, en un proyecto eterno de salvación universal, que es Dios mismo y que se realiza, día a día, a favor de generaciones que se suceden, formando la gran familia.

La participación de las comunidades eclesiales y de cada fiel en la realización de este plan divino recibe el nombre de *cooperación misionera* y se realiza de diversas maneras: con la oración, el testimonio, el sacrificio, la donación oblativa del propio trabajo y de las propias ayudas. La cooperación es el primer fruto de la animación misionera, entendida como un espíritu y una vitalidad que abren a los fieles, las instituciones y las comunidades a una responsabilidad universal, formando una conciencia y una mentalidad misionera orientada a la misión *ad gentes*.

La cooperación, indispensable para la evangelización del mundo, es un derecho-deber de todos los bautizados, fundado en su misma identidad de miembros del cuerpo místico, y se concreta de diversas formas y en diferentes niveles de responsabilidad y de compromi-

so operante. “Tal cooperación se fundamenta y se vive, ante todo, mediante la unión personal con Cristo [...]. La santidad de vida permite a cada cristiano ser fecundo en la misión de la Iglesia [...]” (RM 77). La cooperación misionera es la participación real, afectiva y efectiva, de las comunidades y de cada fiel en el derecho-deber que a todos afecta en virtud del Bautismo: llevar el Evangelio a toda la humanidad (cf. RM 77).



II. Jesucristo, fuente de la cooperación misionera

Aquí está la raíz de toda cooperación misionera, en la unión personal con Cristo. Tanto más el cristiano se verá impulsado a tomar parte en la acción evangelizadora universal de la Iglesia, cuanto más profundamente esté unido a Cristo y, como Él, viva la urgencia de una nueva humanidad según el proyecto del Padre. *“Fuego he venido a traer a la tierra y no quiero otra cosa sino que arda”* (Lc 12,49).

“No se puede vivir la misión si no es con referencia a Cristo” (RM 88). Él es el Enviado, el Misionero del Padre, para que *“el mundo tenga vida y vida abundante”* (Jn 10,10). Y a este querer de Dios sometió toda su existencia hasta el punto de que el hacer la voluntad del Padre constituía para Él algo tan primordialmente vital como el alimento para subsistir.

Esta unión con Cristo tiene como fruto el vivir en permanente tensión misionera y, en consecuencia, el no reducir la participación en la misión universal a

algunas actividades puntuales, por ejemplo, las grandes campañas misionales. Quien vive en tensión misionera, da a toda su vida una proyección de universalidad y, además, está pendiente de que a su alrededor se mantenga viva y crezca progresivamente la preocupación por todo cuanto afecta al anuncio de Jesucristo, al nacimiento y desarrollo de nuevas Iglesias y a la proclamación de los valores del Reino en la inmensidad de pueblos y culturas extendidas por toda la tierra.

“Sin mí no podéis hacer nada” (Jn 15,5). Estas palabras de Cristo son la base y la raíz de la cooperación misionera. No podemos hacer nada si no estamos unidos a Aquel que es el Enviado del Padre. Él es quien da la fuerza y el ánimo de cooperar en la misión de la Iglesia, de su Iglesia. De Él recibimos la llamada a comprometernos en el anuncio de su Evangelio, para que la Buena Noticia llegue a todos los pueblos y culturas.

III. Espíritu de la cooperación misionera

Cómo y con qué espíritu hay que vivir la cooperación? ¿Basta la generosidad en la entrega, en el acompañamiento de los misioneros y en las aportaciones materiales? Estas preguntas ayudan a examinar los posibles límites de nuestra cooperación misionera. El Papa Juan Pablo II responde diciendo: *“Cooperar con las misiones quiere decir no sólo dar sino también saber recibir: todas las Iglesias particulares, jóvenes o antiguas, están llamadas a dar y a recibir a favor de la misión universal y ninguna deberá encerrarse en sí misma: ‘En virtud de esta catolicidad –dice el Concilio–, cada una de las partes colabora con sus dones propios*

con las restantes partes y con toda la Iglesia, de tal modo que el todo y cada una de las partes aumenten a causa de todos los que mutuamente se comunican y tienden a la plenitud en la unidad...” (RM 85).

La cooperación hay que vivirla en términos de verdadera comunión misionera, estando abiertos para recibir, también de la misión, experiencias pastorales de evangelización y de personal apostólico. Eso quiere decir que no hay que cerrarse en la autosuficiencia o el particularismo. En la medida en que se es generoso para dar, hay que ser conscientes y estar

abiertos para recibir y enriquecerse con otras experiencias.

Hay también el peligro de ver sólo la propia necesidad, olvidando que también “desde la pobreza se debe cooperar”. A fin de cuentas, estamos trabajando por Cristo para que su Palabra de Vida llegue a todos los pueblos y razas. Y en la medida en que seamos generosos para “dar desde la pobreza”, el Señor compensará esta generosidad.

El intercambio de experiencias es enriquecedor y se hace necesario, para no caer en la rutina y en el empobrecimiento. Es necesario saber mirar hacia fuera de la propia comunidad eclesial y acoger el espíritu renovador que da vida nueva en aquellas comunidades que van surgiendo gracias al anuncio de Jesucristo y de su Palabra.

A veces da la impresión de que se tiene miedo de quedarse “pobres”, y este temor, en vez de ayudar, paraliza toda la acción pastoral. Ello indica una falta

de fe y confianza en el Señor de la mies: Jesucristo. Como si todo dependiera de nosotros. Al fin y al cabo, sólo somos instrumentos más o menos buenos en manos del Señor.

La vitalidad con que el Espíritu impulsa a la Iglesia no llega a las comunidades cristianas si no hay, por parte de éstas, como un ansia por descubrir su fuerza renovadora y por detectar su aliento rejuvenecedor allá donde sople. La vocación de cada Iglesia es la de abrirse a lo universal y la de encontrar su sitio en la sinfonía que es la unidad de la Iglesia en la diversidad.

“La mejor colaboración que se puede prestar a la obra de las misiones es la vivencia a fondo de la propia condición de hombres y mujeres que han recibido la fe en Jesucristo, justo a través de unos evangelizadores, sean éstos padres, sacerdotes, maestros cristianos [...]. Es el reconocimiento del valor de la fe que contemplamos como un tesoro, y nos sentimos llamados a compartirla con otros para que puedan gozar de los frutos de esa maravillosa riqueza de gracia” (Diccionario de Misionología..., p. 282).

IV. La cooperación misionera promueve vocaciones

Otro aspecto de la cooperación misionera es promover vocaciones misioneras. Sin duda que son diversas las formas de actividad misionera; pero el Papa Juan Pablo II dice que *“es necesario reafirmar la prioridad de la donación total y perpetua a la obra de las misiones, especialmente en los Institutos y Congregaciones misioneras, masculinas y femeninas. La promoción de estas vocaciones es el corazón de la cooperación. El anuncio del Evangelio requiere anunciadores, la mies necesita obreros, la misión se hace, sobre todo, con hombres y mujeres consagrados de por vida a la obra del Evangelio, dispuestos a ir por todo el mundo para llevar la salvación” (RM 79).*

Da la impresión de que a veces no se valora la vocación misionera, ante la escasez de vocaciones al sacerdocio y a la vida consagrada. Hoy se valora más

aquello que es productivo materialmente hablando a nivel personal. Hace falta descubrir el sentido de la vocación misionera como una entrega donde el que ha recibido la llamada es consciente del compromiso que asume y a la vez valora esta entrega como un servicio y una forma de agradecer el don de la fe recibido gratuitamente del Señor.

La familia es el lugar donde se aprende a valorar la fe recibida en la medida en que se vive, se alimenta y fortalece con el testimonio mutuo de sus integrantes. Hay que fomentar el trabajo pastoral en la comunidad familiar, con el fin de ayudar a los padres a que no vean la vocación misionera como un camino no válido para que alguno de sus hijos pueda seguirlo. Dios siempre es generoso cuando se responde con generosidad a su llamada, en este caso para la misión.

Para la reflexión personal

Hoy día se habla mucho de cooperación, como elemento necesario para crecer y para comunicarse, para fomentar el desarrollo en todos los ámbitos. Todos necesitamos unos de otros.

- 1** La oración tiene siempre una perspectiva universal, como la oración de Jesús. Restringir las fronteras de nuestra vida interior significaría encerrarse en una interioridad que no es la de Jesús, el Buen Pastor. Lo mismo hay que decir en lo referente a la Iglesia local, parroquia, grupo o movimiento. Pablo pedía oraciones por todos los pueblos y por todos los hombres (1 Tm 2,1-6). ¿Cómo hacer que tu oración sea también misionera?
- 2** “Una Iglesia que evangeliza es una Iglesia que reza para tener evangelizadores”, dice el Papa Juan Pablo II. ¿Qué piensas de estas palabras del Papa?
- 3** “La Iglesia tiene necesidad de recurrir al valor de los sufrimientos humanos para la salvación del mundo” (SD 27). La vida del misionero muchas veces resulta heroica por las dificultades que tiene que superar. ¿Crees en el valor misionero del sufrimiento humano?

Para el trabajo en grupos

- 1** La cooperación exige, de parte de la Iglesia particular, de cada parroquia, de cada comunidad cristiana, abrirse a lo universal, extender la mirada hacia fuera de la propia realidad para compartir el gozo del Evangelio recibido y, a la vez, estar abiertos para aprender de las Iglesias que están naciendo. ¿Qué manifestaciones de esta cooperación observáis en vuestro entorno eclesial?
- 2** ¿Creéis que la cooperación espiritual, a que hace referencia el Papa, ayuda a los misioneros en su trabajo pastoral y evangelizador?
- 3** Reflexionar sobre el texto de San Pablo a los Efesios 6,18-20: “*Orad en toda ocasión con la ayuda del Espíritu Santo. Tened vigiliias en que oréis con constancia por todos los santos. Pedid también por mí, para que Dios abra mi boca y me conceda palabras que anuncien sin temor el misterio contenido en el Evangelio, del que soy embajador... en cadenas. Pedid para que tenga valor para hablar de él como debo*”. ¿Qué propuestas hacéis para vivir en el grupo estas exhortaciones del Apóstol?

TESTIMONIO

“NO TENGO PARA MI PASAJE”

Somos misioneros en El Torno (Bolivia), y una de las cosas que más nos duele escuchar cuando invitamos a cursos, actividades, etc., es cuando la persona dice: “Lo siento, no tuve para mi pasaje...”. El pasaje de un “micro” (autobús) suele ser de entre 1 y 2 bolivianos (entre 10 y 20 céntimos de euro)... ¿Cómo no se puede tener eso? Así es. Y eso responde a la situación que vive la gran mayoría de los bolivianos (y eso que Santa Cruz es el departamento más rico de Bolivia). Cuando esta situación se repite continuamente, cuando no se ven salidas, cuando el empleo es un lujo..., se busca plata para ese otro pasaje, el pasaje de la esperanza, el pasaje del futuro, el pasaje mágico de la migración. Pero ése ya no cuesta 1 ó 2 bolivianos, ése cuesta unos 1.000 dólares. ¿De dónde se saca plata para ese viaje, si no hay ni para un “micro”?

En esta segunda estancia en Santa Cruz hemos podido ver cómo se han multiplicado los carteles de “Se vende” en las casas. Barrios casi completos con carteles, pintadas, de venta. Y si por curiosidad uno pregunta el precio de esas casas, ha descendido en casi un 50% en sólo tres años: 4.000-5.000 dólares, por casas que costaban de 7.000 a 8.000 en el año 2000. Pero ¿quién puede comprar una casa? Casi nadie, salvo los especuladores de siempre. Así que muchas veces la gente simplemente abandona su casa, en la que se “adentran” otras personas que las ocupan.

Santa Cruz es un conjunto de vecinos endeudados unos con otros, con los bancos que expropian y desahucian, “empeñados” en las múltiples casas que hay para ello... Y no sólo se presta plata: también se “prestan” los niños: bebés que se dejan en

manos de la madre, la suegra, un pariente, una amiga..., para que “se los vea” y los cuide mientras están en España.

Los adolescentes que quedan sin madre o padre porque viajaron a España en pocos meses viven esa ausencia y comienzan, en no pocos casos, a deambular por el barrio, donde cada vez más la delincuencia se va haciendo dueña de la ciudad.

Y no son casos aislados. Se dice que 1.000 personas salen diariamente del aeropuerto de Santa Cruz, unas 300.000 al año, hacia los destinos más cotizados: España y Estados Unidos. Se calcula que, de éstos, unos 80.000 no volverán a Bolivia.

Y los problemas con Migración no son solamente a la llegada, donde se sabe que los expulsan del aeropuerto de Barajas diciendo que son ilegales (aunque lleven su pasaporte y unos 300 euros, que es lo único que se pide por ley), sin nadie que consiga denunciar esos casos. Acá ya no hay pasaportes en las oficinas de Migración, han debido fijar un límite diario para poder tramitar. Y claro, los buitres saben dónde hay “carroña”, así que la corrupción se adueña de las oficinas de Migración, pagando para estar en una lista que les permita ser atendidos ese día, buscando “amigos” que hagan el favorcito de aligerar el trámite... Y eso a pesar de que en la oficina de Migración todo son papeles que dicen que están prohibidos los trámites por terceras personas, con lindos sellos y firmas de altos cargos en Migración.

¿Y qué encuentran al llegar a España? Creo que de eso sabemos todos.

JOSÉ MANUEL MULA Y PIEDAD DONOSO

OCASHA-Cristianos con el Sur

ORACIÓN

Padre,

*Tú nos has hecho sentir tu amor;
tu deseo de que vivamos sin temores ante Ti, ante la naturaleza o ante los demás;
tu deseo de vivir hacia nosotros una relación de amistad cálida,
 en la cual nos sintamos profundamente libres y creadores;
contando con nosotros para construir un mundo cada vez nuevo,
 cada vez más libre de egoísmos y de dominio de unos sobre otros,
 en el cual nos ayudemos todos a crecer desde dentro cada vez más;
Tú nos has hecho sentir que deseas nuestra auténtica felicidad, basada en el amor,
 como Tú eres feliz en el amor que hay entre Tú, el Hijo y el Espíritu;
Tú nos has hecho sentir que, en esta amistad contigo, todo, incluso los aspectos
 dolorosos y vacíos de la vida, va adquiriendo sentido, y que vale la pena vivir;
te damos gracias.*

Padre, para que llegásemos aquí,

*Tú has querido tener necesidad de otras personas que nos acompañaran;
otras personas que nos abrieran el sentido de nuestra vida,
 desde la experiencia de Jesús, tu Hijo encarnado.*

Enciende en nosotros el deseo profundo

*de que todos los hombres y mujeres, en todos los países del mundo,
 puedan vivir en el camino de sentido y felicidad que nosotros vivimos;
de que no vivan esta realidad que llamamos Dios como algo oscuro,
 impersonal o amenazador, sino en una amistad personal a través de Jesús;
de que el centro de la vida de todos sea el auténtico amor, desde el afecto del Padre;
de colaborar para que todo eso sea una realidad cada vez más firme,
 y de ayudar y animar a que otros colaboren en este sentido;
para que cada vez más personas escuchen tu deseo de hacer llegar tu felicidad
 a todo el mundo.*

Haznos también profundamente abiertos a la luz de tu Espíritu,

*para que sepamos ver y sentir su obra
a través de otras personas, quizá bien diferentes de nosotros;
a través de otras Iglesias, que quizá sentimos un poco lejanas.*

Ayúdanos a ser humildes, y a recibir y compartir con alegría todo el bien

*que tu Espíritu va derramando en todos;
para que tu Iglesia, con la colaboración sencilla de todos,
 vaya creciendo en la plenitud que desciende de Ti.*

Te lo pedimos por Jesucristo, nuestro Señor.